

incunabile

COLEGIOS MAYORES SACERDOTALES DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

Núm. 15 - Diciembre 1949 - Redacción: San Pablo, 17 - Administración: Compañía, 3

Apóstol de los hombres

Una vida animada... Una Obra de la más fecunda actualidad... Así podríamos intitular la ejemplar historia que vamos a resumir.

UN CONVERTIDO

El reverendo padre Francisco de Paula Vallet Arnáu nació en Barcelona el día 14 de junio de 1883. En el año 1907, poco antes de acabar la carrera de ingeniero industrial, aunque había llegado a perder la fe, se resolvió a practicar solo los ejercicios espirituales en la Santa Cueva de Manresa, a fin de hallar solución a las inquietudes de su alma. Salió totalmente transformado. Cuando llegó a su casa, un hermano suyo se puso a gritar: "¡Francisco no es más Francisco!"

Cuatro meses más tarde ingresó en el noviciado de la Compañía de Jesús en Gandía. Novicio, no podía olvidar su propia experiencia. Una idea le obsesionaba de continuo: "Si los hombres de hoy pasaran por los ejercicios y los hicieran bien, el mundo estaba salvado."

DIECIOCHO MIL HOMBRES

Con el permiso de sus superiores hizo el primer ensayo de su plan, ya establecido, organizando en Gandía tandas de ejercicios que predicó el reverendo padre Iniesta, S. J.; tandas que este mismo padre continuó luego durante varios años por diferentes poblaciones del reino de Valencia, alcanzando la cifra de más de 18.000 ejercitantes hombres en poco tiempo.

PLAN DE CONQUISTA

Acabado el noviciado, el hermano Vallet empezó sus estudios eclesiásticos y fué ordenado sacerdote en el año 1920.

Un corto período de magisterio en Zaragoza y Valencia y su tercera probación en Manresa acabaron de confirmarle en sus ideas. Son significativas estas notas de sus apuntes:

- 1.º La religión va bajando...
- 2.º El hombre es el que lo tiene

todo prácticamente en sus manos. No obstante, sumando en total el volumen de trabajos apostólicos de todos los sacerdotes y religiosos,



¿qué parte toca a los hombres en la predicación, confesión, dirección espiritual, etc.?

3.º Entre los medios empleados, ¿cuántos indirectos solamente... de dudosa eficacia... a largo plazo todavía y de escasa o nula influencia en las masas.

4.º Un puñado de valientes arrancó del paganismo en los primeros tiempos de la Iglesia a tantos cristianos, y ahora, con tantos operarios, ¿por qué se hace tan poco? La razón de esto nos la da San Pablo: "Non in persuasibilibus humanae sapientiae verbis, sed in ostensione spiritus et virtutis" (I Corintios II, 4).

5.º O conseguimos cambiar el mundo o, de lo contrario, ya no tie-

(Sigue en la página 6.)

EDITORIAL

Año Santo

Año Santo viene a ser como decir "cristiandad en tensión". Los caminos del mundo se pueblan de peregrinos; las conciencias sienten la sacudida de lo sobrenatural; las puertas del perdón se abren; las barreras levantadas entre los pueblos se abaten... Todo parece tomar un aire religioso.

Nosotros no podemos permanecer de espaldas a este hecho. INCUNABLE dedicará al acontecimiento toda la atención que se merece. Y hoy empieza por comentar ligeramente su significado. Lo que para nosotros, sacerdotes, trae consigo.

Ante todo, una responsabilidad. Sin nuestra actividad y nuestro trabajo corre el Año Santo un evidente peligro de quedarse en algo externo, que por más resonante que fuese constituiría, sin embargo, un fracaso. Lo mejor del Año Santo, no le demos vueltas, está en nuestras manos. Somos nosotros los que hemos de interesar a los fieles, los que hemos de poner a su alcance el contenido de esta efemérides, los que hemos de trabajar por lograr que su paso deje honda huella en todas las almas.

También constituye un acicate. En nuestra propia tarea de perfeccionamiento espiritual y pastoral. Sería triste que los seglares nos aventajasen en sentir y practicar las enseñanzas del Año Santo. Es la hora de avivar nuestra más íntima unión con Roma; la de sentirse solidarios con todos los hermanos que, dispersos por el mundo y compartiendo un idéntico sacerdocio, trabajan por nuestra causa; la hora de embarcarnos con la máxima decisión en la primaria y esencialísima empresa de nuestra personal santificación. Una especie de dilatada tanda de ejercicios. Una primavera sacerdotal que deje en pos de sí un verano cargado de frutos magníficos.

Y esto que decimos del Año Santo en general cabe aplicarlo con especial fuerza al Año Santo de 1950. No podemos cerrar los ojos a sus especiales características. Se celebra en un mundo desgarrado, frente a un paganismo que avanza arrollador... Van a ponerse en su servicio los más relevantes adelantos de la técnica... Se va a celebrar, coincidiendo con él, un impresionante examen de conciencia colectiva: las exposiciones... Todo esto indica que nuestra actitud no puede ser la de quien cede a un compromiso más o menos interesante, sino la de quien, vibrando de auténtico entusiasmo, se dispone a compenetrarse íntimamente con los días de gozo, no exentos, ¡ay!, de dolores, que la Iglesia se dispone a vivir.

En último término: el Año Santo es para nosotros estímulo para el trabajo, llamamiento para una renovación de métodos, piedra de toque de nuestra manera de realizarla... y esperanza del triunfo cierto que la Iglesia ha de conseguir sobre sus enemigos.

La enseñanza religiosa en la Universidad

Las distintas posturas ante este tema, que no necesita presentación, las encontrará el lector en otro lugar de este mismo número. Sabido y aceptado por todos que el estado actual de dicha enseñanza necesita una corrección, la nota a que nos referimos de este periódico abre las puertas del diálogo sobre la base de que la enseñanza religiosa debe permanecer, aunque debe también modificarse, para corregir los errores de forma.

En este sentido lo que me parece mejor es hacer un detallado análisis de la cuestión puramente teórico y desde el campo de la misma Universidad. Es decir, quiero analizar lo que la Universidad necesita que se estudie en sus aulas sobre materia religiosa.

El problema es, pues, estrictamente intelectual, pues no se trata de conferencias pláticas, ni preparación a ejercicios, ni apologeticas consideraciones. Se trata de dar una enseñanza de la verdad católica que corresponda en altura y profundidad al grado de saber universitario. Y con este enfoque nos encontramos con que incluso cuando haya alumnos de distintos credos (posibilidad casi teórica en España), la necesidad sigue en pie; porque es imprescindible para entender la cultura española (y, por tanto, su exigente e inaplazable continuación en todos los campos del saber) el conocer con altura universitaria los fundamentos de la religión católica.

Así se planteó inicialmente el problema. Así se estudió y se trató de solucionar por la Jerarquía eclesiástica, como claramente podrá ver quien repase los programas que por ella se elaboraron. Y a este planteamiento inicial hay que volver si se quiere dar solución adecuada a las dificultades existentes.

Sentado esto, pasemos a ver la manera de realizar la enseñanza de la religión en el grado y con el enfoque que una institución pedagógica como es la Universidad exige de nosotros.

Como el más elemental principio de pedagogía nos indica, vamos a ver, primero, quién es el receptor del saber a enseñar: el alumno universitario.

En segundo lugar, veamos qué es lo que se le va a enseñar: religión católica.

En tercer lugar, y como consecuencia de lo anterior, sepamos cómo se le va a enseñar: universitariamente.

Y, por último, habrá de señalar quién se lo va a enseñar o condiciones que tendrá que reunir quien tal asignatura enseñe.

El alumno universitario. Ha pasado ya su bachillerato, en donde ha recibido instrucción religiosa. Que haya sido eficaz es otro cantar que dejemos de lado.

Lo importante aquí es que es universitario, que estrena su vida de tal, empieza a recibir una enseñanza superior que le exige—si tiene autenticidad su menester de estudios—aumentar y complicar sus conocimientos religiosos en la proporción que extiende su horizonte de saber.

Y hemos de hacer constar que esto vale igual para los que incluso no tengan fe. En este caso la religión será manifestación cultural, pero también imprescindible.

¿En qué grado ha de aumentar y profundizar la formación religiosa el universitario? Nos ceñimos a un aspecto solo de la cuestión: lo que representa la profundización universitaria de la cultura, y desde este ángulo, las exigencias que nacen, dejando a otros que saquen las consecuencias prácticas que a nosotros no nos competen.

El alumno universitario se encuentra en una nueva etapa de su vida. El saber del bachillerato no ha sido más que un simple esquema escueto de diversas disciplinas. Su estudio ha sido más bien de fundamentación que de construcción. Ahora se las tiene que haber con la forzosa especialización cara a una profesión, cara a una pura investigación o magisterio. Ahora ha entrado "entre las personas mayores" de la ciencia o de la profesión.

Esto representa un cambio psicológico fundamental y quizá uno de los más trascendentales de la vida. Su mentalidad se complica, su horizonte se enriquece y los problemas aumentan de manera grave y prometedora. Ahora su estudio tiene dirección determinada, bordea ya lo problemático y discutido de la ciencia. Su estudio tiene sabor, por un lado, de interrogación anhelante; por otro, aires de aplicabilidad entre los demás hombres. La verdad y su realización práctica han aparecido en el horizonte de su adolescencia recién jubilada.

A esto hay que responder lo que se le tiene que enseñar al alumno. Este es el nudo y el punto primero de meditación. En religión, ese muchacho que con ojos de asombro e interrogación desemboca en los claustros universitarios nos está pidiendo que le enfoquemos el problema de la síntesis de la fe y del saber. Su saber aumenta; hay que fundamentarle también intelectualmente los principios de su fe. Hay que ponerle también de pantalón largo su catecismo infantil. Hay que admitirle entre las personas mayores en nuestra asignatura.

¿Nos hemos hecho todos, con toda la responsabilidad que el caso pide, esta pregunta: ¿Qué nos pide este universitario que le enseñemos? Aunque él no sepa formular la petición.

El segundo punto versa sobre lo que se le ha de enseñar. Por supuesto, religión católica. Pero hemos de tener en cuenta que no todas las facultades son iguales, y, por tanto, hay que enfocar distintamente la enseñanza en cada una de ellas. Si la enseñanza ha de ser desde el punto de vista universitario en general, la hemos de especificar también por facultades. Que

no se diga que nosotros precisamente no nos planteamos el problema de la formalidad desde la cual hemos de explicar una asignatura.

Así como el universitario, por serlo, pide una altura universitaria, cada Facultad pide una manera especial e intransferible de exposición y una temática distinta.

Vamos a ver dos ejemplos que nos servirán como muestras concretas de lo apuntado.

La enseñanza de la religión en la Facultad de Medicina tiene unas características especiales que tratamos de indicar someramente.

Partamos, como antes, del alumno, que es el receptor del saber. Este nuestro galeno en ciernes se enfrenta con todo el funcionamiento del hombre físico, del hombre natural; con la enfermedad, y, por tanto, con la cesación del movimiento o muerte (física), y se le aparece tras esto un horizonte desconocido e inexperimental por su ciencia, con la problemática del dolor y el más allá.

El problema fundamental estará en ver desde el campo de los fenómenos de anomalías choques traumáticos, muerte, lo que a todo esto rebasa y trasciende. La problemática de lo religioso ha de ir apoyándose en su pura realidad de investigador de la naturaleza del hombre físico y se le ha de abrir paso a su dimensión sobrenatural y a la del enfermo que ha de curar desde este ángulo de observación. "Per visibilia ad invisibilia."

Pide esta Facultad que conocido todo lo fisiológico y psicológico se le ilumine esto con lo sobrenatural. Arduo problema el del estudiante de medicina, mejor dicho, el del profesor de religión de esta Facultad. Y aparte de esto, o sea, después, queda la moral, a la que no se puede ir sin lo anterior. Me refiero a la moral profesional, que no puede tomarse como escape de lo otro.

Vayamos ahora al punto más delicado: la Facultad de Filosofía y Letras. Delicado por varios motivos, entre ellos, por la calidad humana de los estudiantes.

Como en las otras facultades, el estudio propio es lo que determina el ángulo de nuestra asignatura. En la Facultad de Filosofía y Letras se estudian los problemas más finos, más delicados y más generales. Por sus estudios, el estudiante tiene bastantes conocimientos (culturales) de religión y hasta de religiones. Maneja el Antiguo Testamento, biografías de santos y estudia el problema de Dios y del hombre. Pero ofrece una faceta especial y única: que es capaz el estudiante de filosofía de estudiar "desde fuera" la religión y sus manifestaciones. Puede estudiar "fenomenológicamente" la religión. Un estudiante de medicina o derecho ante el místico, calla; el de filosofía, no. Lo estudia, lo critica y lo juzga y... busca su esencia también. Para los demás estudiantes la religión se acepta o no, se cree o no, sin más; pero para el de filosofía se le ha de explicar, analizar, antes, quizás, de aceptarla o no.

Y esto determinará una enseñanza distinta a la de las demás facultades. Los demás estudiantes ven la religión para "usarla" o rechazarla. El estudiante de filosofía, como tal, aparte la "use" o no, la considera como hecho a estudiar.

La Facultad de Filosofía es la que plantea en su pura esencia el problema radical de la fe y el saber. Y esto es lo que necesita se le resuelva en la clase de religión. Una filosofía de la religión y una elevación a la existencia de lo sobrenatural.

En resumen, la clase de religión tiene que resolver estos apremiantes problemas desde el ángulo intelectual puro y no puede ser nunca clase de moral ni de consejos espirituales, sino más bien de dogma, pero con exposición viva, al estilo de cada Facultad.

Nos atrevemos a decir que en la mayoría de los casos la religión no se ha enfocado así y que esto es lo que causa su fracaso. Los estudiantes no tienen, en su inmensa mayoría, capacidad para buscar la solución y pedirla, inclinándose por el camino fácil y cómodo de la supresión. Pero nosotros no podemos adoptar tal postura.

Hemos indicado, pues, los tres primeros puntos señalados. Queda el cuarto: quién ha de enseñar la religión. Pues en España, que la presencia en las Facultades de Teología de seglares es, hasta hoy, desconocida, recaerá sobre sacerdotes o religiosos, naturalmente; pero las personas encargadas habrán de reunir las cualidades necesarias para tal función. Pero esto no nos toca a nosotros el decirlo.

La Facultad de Teología propugnada por algunos nos parece magnífica, pero es otra cuestión. Sería una especialización que deja de resolver los problemas señalados. Además, ya tenemos universidades pontificias. Podrían crearse, de momento, cursos especiales, dependientes de estas universidades eclesiásticas, para seglares.

Resumiendo nuestro punto de vista, afirmamos que la enseñanza de la religión en la Universidad es punto inamovible en cuanto a su presencia, es reformable en su modo, teniendo en cuenta lo que debe ser una enseñanza tal como la hemos apuntado ligeramente, y podríamos extenderla a las demás facultades no citadas. Común a todas ellas es esto: la enseñanza de la religión en la Universidad es problema intelectual y pedagógico. Pero que urge resolver si no queremos que continúe el actual descrédito. El ceder a consideraciones extrínsecas ha demostrado que no conduce más que a crear una apariencia que nada resuelve. Dejemos de ampararnos en ella. Miremos las cosas cara a cara. Y resolvámonos en consecuencia.

JUAN DEL AMO

LA PALABRA CERTERA (Textos selectos)

Palabras de dom Chautard en el libro

"El alma de todo apostolado"

La restauración de nuestra patria después de la revolución debe atribuirse a ese grupo de sacerdotes que por la persecución se abrazaron íntimamente a la vida interior.

Merced a ellos un torrente de vida divina llegó a reavivar una generación que parecía condenada a una muerte inevitable a causa de su apostasía y su indiferencia.

Después de un período de cincuenta años de libertad de enseñanza en Francia, durante el cual se fundó un número considerable de obras y tuvimos a nuestra disposición toda la juventud de nuestro país y el apoyo casi total de nuestros gobernantes, ¿cómo, a pesar de la brillantez exterior de nuestros resultados, no pudimos formar en la nación una mayoría cristiana a fondo para luchar con los secuaces de Satán?

Sin duda el abandono de la vida litúrgica... Pero ¿no podremos apuntar otra causa, y es que, careciendo de vida interior los sacerdotes y educadores, nos hemos limitado a engendrar en las almas una piedad superficial, carente de grandes ideales y de fuertes convicciones?

Y en "nuestra enseñanza como profesores", ¿acaso no nos hemos preocupado de lograr un gran número de diplomados para que nuestras obras se prestigiasen? ¿No hemos gastado nuestras energías, sin preocuparnos de la formación de las voluntades, para grabar en ellas con caracteres indelebles la imagen de Jesucristo?

Y esta mediocridad, ¿no ha tenido a menudo por causa "la inanidad de nuestra vida interior"?

"Qualis est rector civitatis, tales et inhabitantes in ea" (Eccl. 10, 2).